

Anexo 2

LA EXPERIENCIA DEL PROVERBIO

Jean Paulhan¹

(Pasé varios años en Madagascar, viviendo desde el primer día con una familia malgache, con la que me dedicaba a compartir los trabajos y, más que los trabajos, las preocupaciones y los pensamientos. Ello no fue sin torpezas.

Si las dificultades, que me presentaron en particular los proverbios, son propias de la lengua malgache, o comunes a todas las lenguas, no lo investigaré aquí. No quiero más que describir, con el mayor cuidado posible, mi experiencia, y los descubrimientos — o bien las astucias — que me hicieron superar esas dificultades.)

I

Antes de dedicarme a conocer el lenguaje proverbial, experimenté de manera particularmente viva su existencia por la molestia, y, si puedo decir, el error que me aportaba.

Aprendí el malgache directamente, con el uso, prohibiéndome recurrir, durante el primer año, a la lectura y a la escritura. Una vez que supe servirme de la mayoría de las frases que aparecían en las conversaciones de todos los días, comencé recién a sentir que mi lenguaje difería del de los Malgaches: la riqueza de mi vocabulario no era lo que estaba en cuestión, ni la corrección de mi sintaxis — es curioso, por el contrario que sólo llegué a tener mucho más tarde tales preocupaciones, y cuando supuestamente debería haber dejado de experimentarlas — pero me parecía más bien que a mis palabras les faltaba cierto peso, un valor, un tono de convicción. Ellas me parecían privadas de cierta parte de ellas mismas que debería haber hecho que fueran aceptadas por quien me escuchaba. Cualquier discusión, si la quería sostener, me obligaba duramente a reconocer que yo sabía expresar mis pensamientos quizás, pero no imponerlos.

En toda asamblea, cuyos miembros tienen igual derecho a hablar, ocurre que opiniones muy juiciosas, y sabiamente expuestas no “prenden”, no dejan huella de su paso. Es poco decir que no son escuchadas, parece que no son siquiera oídas. El fracaso puede depender de algún defecto del que las expresa, de su timidez por ejemplo. Un refrán malgache señala así que por más que el huérfano diga las co-

¹ Fuente: Versión **VR**, *Annexe 3*: Jean PAULHAN, *L'expérience du proverbe*, in <http://www.acheronta.org/encore/anexxe3.htm>

sas más justas, no se lo comprende: sucede que estuvo privado de la seguridad que da el afecto de los padres.

A la vez que reconocía en mí un defecto similar por sus efectos, no lo refería mí mismo, y me rehusaba a ver en eso un rasgo de mi carácter. Por el contrario, tenía muchas razones para suponer que la autoridad, cuya ausencia sentía, era de naturaleza exterior, material, y que yo no la adquiriría por simple ignorancia: todo sucedía como si hubiera habido, en el interior de la lengua común, y horadando por instantes esa lengua, un segundo lenguaje, esotérico, a cuya práctica una convención tácita le adjudicaba una gran influencia.

En toda lengua existen hablas secundarias, especiales, tales como en el francés hablado son la jerga de los miembros de un oficio, o la lengua literaria. La irrupción brusca de una u otra en una conversación puede sorprender, conmover, desagradar. De entrada consideré de la misma manera, en los casos en que podía distinguirla, a esta segunda lengua malgache: a menudo me daba risa, por una suerte de desproporción de sus palabras, de su construcción, de su acento, con los de las frases que la habían precedido. Pero la estima en que yo veía que se la tenía venía bastante rápido a detener todo sentimiento de ironía. Se le tenía una consideración que no se habría tenido por otras frases. Finalmente debía admitir que constituía un grado, un modo particular del pensamiento y de la expresión, o bien que ese nuevo modo era provocado por su sola presencia.

Logré bastante rápidamente reconocer con toda certeza, y aislar esa lengua. Algunas veces alteraba el tono de una discusión demasiado larga, la precipitaba, la generaba; o bien cortaba de cuajo una disputa incipiente; en la familia hova con la que yo vivía, tal era el fin de toda disputa: hacía falta un proverbio, pero alcanzaba con uno para finalizarla. Había llegado a suponer que se discutía solamente esperando ese proverbio: me apostaba a mí mismo, según el giro que tomaba la conversación, sobre el tiempo que tardaría en “surgir”. Me ocurría adivinar su proximidad por el ritmo más acelerado, más cerrado que tomaba la discusión — como se “siente venir” el estribillo de una canción.

El proverbio también se parecía al estribillo — al menos a ciertos estribillos — por su oscuridad, su falta de pertinencia. Llegaba a reconocerlo por la rareza de las palabras que contenía, nuevas en la conversación, diferentes del tema que se venía tratando. Tenía otros indicios de su presencia: era dicho bastante rápidamente, y más esbozado que dicho — pero con una dignidad y una seriedad singulares. Rabe llegaba a levantarse cada vez que pronunciaba un proverbio; Ralay separaba los brazos y se inclinaba hacia delante. Cuando Rasoa comenzaba a hablar en proverbios, yo sentía que iba a anunciarnos alguna noticia grave, ajena a nuestra conversación: un accidente, una muerte. Nunca vi a nadie interrumpir los proverbios, sino por el contrario, parecía que cada uno ponía su atención en favorecerlos, en facilitarlos — como se está “de corazón” con un acróbata que realiza un número peligroso; o bien aun como, en los estribillos de una opereta, los hasta hace un momento adversarios se encuentran abruptamente de acuerdo.

Aunque no buscaba captar el sentido de esas palabras oscuras, sentía al principio a mi alrededor la atención, y casi la cooperación que ellas exigían. Tan pronto como habían sido pronunciadas, tenía el sentimiento de que la conversación anterior debía haber conducido en cierta forma a ellas, y haber subido hasta ese nivel. Por estar privado de ellas, mi lenguaje me parecía enteramente marcado de monotonía.

No hago más que describir una impresión de la manera más cuidadosa, aunque ésta pueda parecer ingenua. En las conversaciones en que no intervenían la súplica, la orden, la injuria, no más que las otras formas de lenguaje que traicionan o acrean una diferencia de dignidad pasajera o durable — entre los interlocutores, la lengua proverbial me parecía ocupar el lugar, según el caso, de esa orden, de esa injuria, o bien incluso de la insistencia que traduce la repetición de una misma frase. Ella ocupaba ese lugar, si puedo decir, con el menor esfuerzo, y sin que fuera necesario salir del lenguaje.

No tardaría en encontrar razones de asombro más precisas. Dije que las razones exteriores al lenguaje, que hubieran podido hacerme dar cuenta de la influencia del proverbio, me faltaban: estaba obligado a volverme sobre el sentido de ese proverbio. Ahora bien, mis primeras tentativas de captar ese sentido se toparon con dificultades inesperadas.

RAJAONA — Para ir al mercado, tomemos pues un *filanjana*.²

YO — No hay más que una hora de ruta, vayamos mejor a pie. El *filanjana* es bueno para los viejos.

RAJAONA — El respeto se compra. Si vas al mercado a pie, se burlarán de vos.

El respeto se compra es un proverbio. Yo no me doy cuenta, por otra parte ninguna palabra del mismo me lo hacía advertir.

Mas, considerándolo como la simple consecuencia de la frase precedente, replico:

— Prefiero hacer sólo como me gusta, y que se me respete menos. Por otra parte, es seguro que...

Sin embargo, no tardo en percibir que hablo en el vacío, y sólo para mí. Me detengo; la discusión no prosigue. Rajaona, evidentemente, no se siente tocado. Pero Rabe, que escuchaba, responde en mi lugar:

— Y yo, he aquí lo que digo: fuiste alcanzado por el proverbio *la voz de la cigarra cubre los campos, pero todo su cuerpo cabe en una mano*. No sos rico, no tenés que hacerte el orgulloso.

² El *filanjana* es una especie de palanquín.

Como si no hubiera esperado más que eso, Rajaona replica, usando un nuevo proverbio. No se tuvo más en cuenta mi objeción, que si se la hubiese dicho en una lengua desconocida.

Debo explicarme tal fracaso, y los fracasos del mismo orden que encontré al suponer que el sentido no estaba exactamente donde yo lo ubicaba. Mi réplica fue a partir de una frase más o menos como: el respeto debe comprarse (y cómo podríamos obtenerlo si no es por algunos sacrificios; por otra parte ¿no es preocupación de todos adquirirlo?...). Ahora bien, hoy me doy cuenta de que una reflexión tan detallada es ajena a la frase real que pronunció Rajaona: el sentido de cada una de las palabras está menos presente de lo que yo imaginaba, ya que Rajaona no las reconoce en mi respuesta. Aventuras parecidas me ayudan a creer en la existencia de un lenguaje especial, tal que no admite ninguna intrusión del lenguaje común. Al mismo tiempo me parece que una vez alcanzada su altura, la discusión ya no puede luego decaer.

Rainipatsa dice a su hijo Ralay:

“Sin embargo tenés que decidirte a tomar mujer. Estás en edad de casarte.

A lo que Ralay:

— Eh, padre, no quiero que digan: se apresura en casarse y corre enseguida a divorciarse.

Arriesgo aquí una observación, más o menos como: “No es por que te hayas apresurado en casarte que querrás divorciarte tan rápido: lo uno puede ir sin lo otro...” No me escuchan. Rainipatsa, vencido sobre un primer terreno, lleva sus quejas a otra parte. Pero hay más. Percibo luego que a Rainipatsa le pareció que yo estaba de acuerdo con Ralay. Es ahí donde, trasladando sus quejas a otro tema, él responde:

— Por más que ustedes dos digan, hay que considerar que Ralay es mi único hijo; cuento con él para perpetuar los ancestros...

Sin embargo, más tarde como repito a Rainipatsa mi observación, él la comprende finalmente, se limita a citarme el proverbio y piensa de ese modo convencerme de mi error:

— Pero porque se-apresura-en-casarse-y-corre-enseguida-a-divorciarse!”

Debo así imaginar que los lazos que se encuentran en el interior del proverbio no son lo que parecen ser. Ralay no quiso decir que un primer apresuramiento hacía correr el riesgo de originar un segundo: más bien, él citó un hecho que encierra a

uno y otro a la vez, sin que se los pueda distinguir. Como si hubiera dicho: “Y la *prisa-en-casarse-y-en-divorciarse-enseguida*, ¿qué dicen de esto, no piensan en eso?”. Una comparación puede ayudar a precisar la cosa:

CÉDÈS: “Está bien por una vez, pero no te recomiendo reincidir. ¡A buen entendedor, chau!

Imaginemos aquí la réplica:

MIRE. — No es siempre por haber visto el peligro que sabemos evitarlo...”

o cualquier otra reflexión del mismo orden. A primera vista, si uno se sujeta demasiado fielmente al nudo aparente del proverbio, parecerá absurda, ajena a la conversación. Ese proverbio de ninguna manera se elevaba contra la hipótesis de que el buen entendedor podía no estar a salvo. No era incluso cuestión de eso; el único equivalente aceptable, en rigor, de su sentido sería: “¡Atención!” o “Tenelo -por-dicho”, como el equivalente del proverbio de la prisa sería: “Calma. ¡No nos apuremos demasiado!” Solamente, es la influencia ejercida por ese proverbio la que deviene inesperada y misteriosa.

No era yo más afortunado cuando el proverbio me advertía de entrada, por la distancia entre su tema y el de las frases vecinas — era el caso más común — que no era una frase común, que exigía un esfuerzo particular. La confusión de la que hablé no tenía más aquí razón de ser, mas los esfuerzos que hacía para captar el proverbio igualmente fracasaban:

RAINIPATSA — “Cuento con vos para perpetuar los ancestros; mirá a Rainibe que ya dio dos nietos a sus padres.

RALAY — Rainibe tiene empleo y se gana la vida. Yo no. ¿No sabés que *se burlan del que baila sin tambor*?

El proverbio da a entender que el dinero no es menos necesario a los esposos que el sonido del tambor a los bailarines. Esto al menos es claro; me alcanzaría retener esto, para hacer uso, de ser necesario, de esta lengua proverbial. Durante algunas semanas, creo que hago bien cuando hablo de tambor a propósito de dinero, de cigarra a propósito de vanidad: sin ningún éxito. Recorro a las metáforas más inesperadas: a los Malgaches les parecen — como a mí mismo, después de todo — dichas por simple juego; el interés de dicho juego, por otra parte, se les escapa.

Pero hay más: el Malgache que pronuncia un proverbio parece a menudo ignorar que utiliza una imagen. Alcanza con devolverle esa imagen para tomarlo desprevenido.

RABE — “¿Cómo querés que me defienda de esa gente? *El buey muerto no se protege de las moscas.*”

Yo respondo:

— Pero vos sos un buey todavía bien vivo, y sólido.

A lo que Rahaja, que se dirige a mí con benevolencia, como relevando una falta de gusto:

— ¿Cómo podés llamar buey a Rabe?

Estos diversos fracasos me contenían de reconocer en el proverbio ningún otro rasgo que el de una autoridad bastante misteriosa, unida a la ausencia de los diversos sentidos y de las posibilidades de sentido que ese proverbio, a primera vista, parecía implicar. Finalmente, relacionando más estrechamente uno y otro de esos dos rasgos, no estaba lejos de pensar que su poder residía en su sola oscuridad.

II

Quizás se juzgará, por lo que acabo de contar, que yo era más torpe de lo que es habitual. Y no dudo, que en mi lugar, un campesino francés saldría bastante bien del paso. Pero yo ignoraba, antes de venir a Madagascar, la existencia y hasta la posibilidad de un lenguaje proverbial. Más exactamente, poseía sobre esta existencia algunas nociones abstractas, literarias — y más hechas para engañarme que para entrar en la buena vía. Sin duda fue debido a mi torpeza sentirme demasiado atraído por la sorpresa que me causaban los proverbios con los que me topaba y conocerlos por ende de una manera distinta de cómo lo hubiera hecho un campesino.

Me veía particularmente despistado por la dificultad que encontraba en exponer a mis camaradas malgaches la causa de mi dificultad. Sus respuestas, aunque llenas de buena voluntad, ofrecían una torpeza simétrica a la mía. En cuanto yo quería atraer la atención de ellos sobre el proverbio desnudo, aislado del resto de la frase o del discurso que lo contenía, se turbaban, eludían mi pregunta y parecían evitar adrede captar, para presentármelo, un objeto del cual yo no podía dudar sin embargo que ellos tuvieran una idea neta.

Si yo pregunto, de este modo, cuál es el sentido del proverbio: huevo de alondra al borde de la ruta; no soy yo el culpable, es la alondra.

Ralay — ¿Pero dónde lo escuchaste? ¿De qué se trataba?

— No me acuerdo. Decime solamente lo que el proverbio quiere decir.

Ralay reflexiona, y me responde:

— He aquí que sos vendedor de rafia. Venís al mercado; tu primer cliente, es un campesino que no conoce el valor de las cosas. El precio que le pidas, así fueran diez monedas, él las da. Y tu vecino te dice: “Eso no está bien, le robás a ese pobre hombre”. Entonces vos: “Bromeás, es su necedad la que le robó. *Huevo de alondra en el borde de la ruta; no soy yo el culpable, es la alondra*”.

Alcanzo de este modo a captar el sentido del proverbio: se trata de un transeúnte que ve el huevo, lo agarra y se dice: “No tengo nada que reprocharme, la alondra no tenía más que ocultarlo mejor”. ¿Por qué no se me había dado enseguida una explicación tan simple? La propongo, no despierta interés. Es o no exacta, apenas se me responde. “No hay nada que decir en su contra, señala Rajaona cuando yo insisto, sin embargo no es del todo así”. La explicación parece ser indiscutible e inútil a la vez.

IBOALA — “Esta vez vas a corregirte, pienso. ¡Cincuenta francos perdidos en una noche!

BELALAO — ¡Ah! Es ahora que debo jugar para recuperarlos.

— Tené cuidado con el proverbio: *no se atrapa lo que se espera, se pierde lo que se tiene*.

— No se trata de eso. Cuando se tiene paciencia, siempre llega un momento en que *nace un ternero en otoño; alegría y riqueza al mismo tiempo*.

La discusión continúa. Un poco más tarde, le pregunto a Iboala por el sentido del proverbio: *no se atrapa...* “¿Pero cuándo lo dije?” me pregunta enseguida. Se lo recuerdo. “¡Ah! Es que ocurre a menudo, me explica entonces, que los jugadores, aunque uno les diga, se obstinan...”. Así, para dar sentido al proverbio, primero él tiene que situarlo, rodearlo de las mismas palabras que tenían lugar en la discusión. Fuera de esas relaciones, se rehusa a imaginarlo. Si insisto, parece ver en mi insistencia la marca de cierta hostilidad: ¿no voy a imaginar que él se equivoca? ¿soy yo que quiero enseñarle a hablar bien? Parece que al interior del proverbio hubiera alguna dificultad, algún nudo que exige, para ser captado, que se considere primero ese proverbio en su aplicación y en su juego. No se basta a sí mismo.

Ahora puedo precisar el rasgo general de las respuestas que se me daba. Estas respuestas parecían suponer que yo ya conocía el proverbio o más exactamente la cosa de la cual se trataba en ese proverbio, y que mi incertidumbre se refería a la sola expresión de esa cosa. Citándome esa expresión — y tanto más en cuanto ésta me era muy familiar — se pensaba a veces encontrarme en falta, como si sólo mi mala voluntad me hubiera conducido a pedir aclaraciones.

RAZAY — “Te equivocás, Raso, en ponerte tu lamaba nuevo par ir al mercado. Si hay una aglomeración volverás completamente deshecha.

RASOA — No tengas miedo, me pondré a resguardo.

YO — Uno siempre se imagina que se salvará, y luego, una vez en el tumulto, hay que ser muy astuto para escaparse.

RAZAY — Raso cree quizás que ella es el toro de barro que no perderá sus cuernos”³

Cuando Raso se va le pregunto a Razay el sentido de *toro de barro*... Ella me contesta:

“Y bien, pero es esto: uno siempre se imagina que se salvará...”, repitiéndome toda mi frase, como satisfecha, vengándose también de haberme agarrado en flagrante delito de ignorancia simulada.

Debo decir aquí de qué ayuda me fueron los jóvenes Malgaches educados a la europea, liberados — o que se jactaban de estarlo — de toda adhesión a los proverbios y que, no teniéndolos más que por frases (y frases, agregaban, estúpidas, casi privadas de sentido), me ayudaron mucho a comprenderlos. Yo desconfiaba por otra parte de esos jóvenes cuyo lenguaje contenía, al lado de puras palabras malgaches, demasiadas palabras inglesas o francesas, apenas transformadas (e incluso ocurría, para mi gran escándalo, que ellos rodeaban a esas palabras extranjeras, casi, del mismo respeto que sus padres tenían por los proverbios).

Sin duda ellos no captaban espontáneamente el sentido de los proverbios: usando a veces la etimología, citando en otra parte alguna prescripción de los ancestros en donde figuraba el proverbio, pero recordando sobre todo las diversas conexiones y las imágenes a las que yo había debido renunciar, era con piezas y fragmentos que ellos componían su sentido. Poco importa: esta actitud indiferente ofrecía sin duda la parte de inexactitud que yo necesitaba. Una diferencia de opinión, de moda, colocaba a esos jóvenes Malgaches casi en la misma dificultad en la que me dejaba mi ignorancia. De suerte que yo no podía agarrármela demasiado con los viejos Malgaches a quienes me había dirigido al principio por haber tratado mi ignorancia como si ella se hubiese debido a una diferencia de opinión.

No tardé en percibir que el problema que se me planteaba era más complejo, quizás, de lo que yo imaginaba. Exactamente, no parecía que sólo se me planteaba a mí (de manera que debía renunciar a partir de entonces a explicarlo totalmente por mi sola ignorancia de la lengua), sino también a los Malgaches e incluso entre e-

³ Sus largos cuernos son la parte más frágil de los pequeños toros de barro que hacen los niños malgaches. El sentido del proverbio es, más o menos: no hay toro de barro que no deba pronto perder sus cuernos.

llos, a quienes me parecían, por otra parte, los más hábiles para hablar. Ocurría así perfectamente que un proverbio, lejos de provocar el acuerdo, la aprobación de todos, daba un vuelco y en cierto modo se desplomaba. No se consideraba incluso adecuado contestarle de otro modo que: “Pero no es de eso que se trata... ¿Qué quisiste decir?...” o bien aun, lo que me despistaba más: “No son más que palabras... qué nos contás... ¡Dejanos tranquilos con tus proverbios!” (Todo lo que hubiera tenido ganas de replicar a tal proverbio usado contra mí). No se agregaba nada a eso. Todo ocurría como si ese proverbio mal empleado y constreñido a reconocer su naturaleza de proverbio, acudía en auxilio de la opinión que atacaba más que de la que debía sostener. Su autor debía inventar algún argumento sobre la marcha, algún otro proverbio; incluso difícilmente se desembarazaba del ridículo, proveniente de una primera torpeza.

Me parecía que el proverbio no podía darse en ningún caso sin algún riesgo. Lo comparaba con un difícil ejercicio, que nunca llegamos a cumplir muy mecánicamente. Pero yo no refiero esta observación más que para ser completo, y para agregar a mis primeras sorpresas una sorpresa nueva que primero me pareció que las contrariaba. Ella me enseñaba poco, no me enriquecía. Cuando yo quería recordar en los primeros tiempos ejemplos de fracasos del proverbio, lo lograba sólo con dificultad (en tanto que los éxitos se fijaban bastante bien en mi mente). Era como si nada hubiera ocurrido: ninguna palabra, ningún giro formaba parte del fracaso más que cualquier otro. Caracterizadas por la sola ausencia de éxito, ni la memoria ni la reflexión tenían asidero en tales ejemplos. Es posible también que yo no haya hecho grandes esfuerzos por recordarlos; sin duda, por más ocupado que estuviera en mis progresos, de alguna manera me defendía de retener lo que me aparecía como un mal ejemplo a seguir. Podría haber extraído de la experiencia la conclusión de no tener motivo para descorazonarme por una torpeza que me era común con los Malgaches. Pero más bien prefería pensar que las dificultades a superar debían ser extremadamente grandes.

III

Pasan algunos meses. Mi lenguaje comienza a su vez a contener proverbios. Ciertamente, ocurre más a menudo que los cito inocentemente en algún relato, “por placer”, no obstante consigo también a veces hacerlos intervenir en una discusión a la que acuden a apoyar mi causa.

¿Cómo logré poseer ese principio de ciencia? No es porque haya descubierto un día, por algún esclarecimiento de sentido, la razón de las dificultades y de las contradicciones que referí. No, el progreso se produjo en mí de manera imperceptible, oscura. En principio, no hay duda de que las ilusiones y los errores que vimos me ayudaron. El descubrimiento de una imagen, el análisis del sentido, si bien por una parte podían impedirme que me abandonara al real juego de los proverbios, al menos me proporcionaban un marco, casilleros en donde clasificarlos y reencontrarlos enseguida entre mis recuerdos. Ayuda insuficiente, lo admito; ayuda peligrosa, pues el proverbio es menos y al mismo tiempo más que un razonamiento o

una metáfora: es uno y otra en estado coagulado; para persistir como proverbio exige que las mismas palabras que lo componen sean recordadas en un orden idéntico.

Exagero a propósito: de hecho, cantidad de proverbios permiten modificarse ligeramente, se abrevian o se desarrollan sin perder en eso su virtud de proverbio. Tales alteraciones exigen solamente un tacto y una flexibilidad que yo estaba lejos de poseer: la más mínima modificación me parecía suficiente para relanzarlos a la lengua común — y tal era en verdad el efecto de las alteraciones que yo imaginaba. Así, “*se burlan de los que bailan sin tambor*” era un proverbio; pero jamás lo hubiera sido una frase como: “¿Se vio alguna vez bailar sin tambor?”, o “Es para reír: baila sin tambor”. El solo recuerdo de la imagen me inducía en error. Es la frase proverbial entera que debía recordar, como si no fuera más que una sola palabra.

No encontré en eso las dificultades que hubieran podido esperarse. El fracaso de mis primeros intentos de interpretación, al hacerme encontrar los proverbios absurdos y privados de sentido, me preparaba a considerar cada uno de ellos como un todo, un bloque que yo tenía que captar entero de una vez. Por otra parte yo había aprendido hasta ahí la lengua malgache mediante frases más que por palabras: no se me exigía ninguna aplicación nueva. Se encontró finalmente que los grupos arbitrarios de palabras que yo quería retener, poseían ciertas reglas propias de composición, ciertas leyes de sentido. Todo proverbio podía de este modo convertirse en un molde, estarcido susceptible de darme, con ciertos retoques, casi cientos de reproducciones. Pasé fácilmente de:

Alma de esclavo: destruir

a:

Alma de Iketaka⁴ : coquetear.

Alma de niño: no pensar en nada.

De la misma manera:

Si se rompen los dientes, culpamos a la cabeza.

se convertía en:

Si los cabellos son blancos, culpamos a la cabeza

O incluso:

⁴ Nombre de niña pequeña.

Como se protege el ciego: es cuando ha sido tocado que se inclina hacia el costado.

invocaba

Como el ratón esquiva los golpes: es cuando ha sido tocado que salta de costado.

Ocurrió luego que el marco abstracto, el armazón común a toda una familia de proverbios se me presentó primero: ese marco se llenó enseguida de palabras.

Pero es demasiado hablar de un artificio de escolar. Tampoco se bastaba a sí mismo: me ocurrió frecuentemente recordar alguna frase que yo sabía que era un proverbio, sin por eso conocer mejor su sentido. Imaginaba retener para cada frase de este tipo una palabra abstracta que me daba el equivalente de ella. Así: “*Si el ojo está reventado, culpamos a la cabeza*” se asociaba a la idea de solidaridad; y “*Como se protege el ciego...*” a: inoportuno. Para “*Su voz cubre los campos, pero su cuerpo entero cabe en la mano*” yo pensé en vanidad.

No era para nada un procedimiento muy seguro: no valía más que para un pequeño número de proverbios, y para ninguno de ellos valía plenamente. Alcanza con que esas asociaciones me hayan servido: se eliminaban cuando llegaba a poseer suficientemente el proverbio, podían reaparecer si luego me faltaba aun algún rasgo del sentido de ese proverbio.

La principal ayuda que encontré en este estudio me vino de otra parte, y por una vía inesperada.

Di a entender que todo lo que era malgache, sea costumbres, rasgos de carácter o de espíritu, me lanzaba a un entusiasmo bastante ligero. Buscaba que mis amigos compartieran ese entusiasmo: escribiéndole a uno de ellos, le hice tomar como prueba de la ingeniosidad y del espíritu de observación de mis salvajes, toda una lista de proverbios. Después de todo hacía lo que hacen la mayoría de los viajeros — pero la cosa era quizás más sorprendente, viniendo de mí para quien esos proverbios debían representar algo muy distinto que una observación sutil. A tal punto la afinidad es ingeniosa.

Me encuentro de todas maneras víctima de esa afinidad — quizás los proverbios componían en mí una imagen completamente diferente de la que habían terminado por imponerme mis experiencias. Cuando cité unos cincuenta proverbios tales como:

Pequeña niña que mira los juegos: es cuando se va que la advertimos⁵.

⁵ Es demasiado tarde para hablarle.

o:

Es cuando la mala lengua se fue que barremos la casa⁶.

Admiro cuántas de tales observaciones son finas, reveladoras. Ellas parecen esclarecerme cada una un orden de hechos que hasta ahí me había sido oscuro. Llego a leer las compilaciones de proverbios malgaches que puedo procurarme, no como leería un diccionario sino como una serie de pequeños dramas, de fábulas de las cuales cada una lleva en sí su sentido completo:

Cuando es un ciego el que te lleva, se termina en el foso.

o bien aun como una colección de máximas:

Los hombres son riquezas.

No todos los proverbios se prestan a una interpretación parecida. Me dedico sobre todo a los que ofrecen algún punto de paradoja o de astucia; los proverbios de simple evidencia me parecían por el contrario bastante inútiles: los paso. Me alcanza con encontrar treinta proverbios sobre cien, capaces de intrigarme e instruirme para suponer que esos treinta son los “verdaderos” proverbios: en cuanto a los otros, es probable que yo no los comprenda completamente, o incluso que sólo sean proverbios de poca importancia, de segunda zona. Llego a componer así la imagen de un “alma malgache”, moralista, sutil y crítica.

Es notable que los progresos de esta imagen iban a la par con los progresos efectivos que yo hacía con el uso de los proverbios. Cada día agregaba un matiz nuevo al alma malgache que yo me representaba, y cada día también nuevos proverbios tomaban lugar en mis frases. A la larga, sin embargo, un hecho me impresionó: no eran los mismos proverbios los que figuraban aquí y allá. Como si mi reflexión y mi lenguaje hubieran jugado sobre dos planos diferentes, ocurría que la consideración de un proverbio por su ingeniosidad o por ser pintoresco me privaba de la facultad de servirme de él en una discusión. A la inversa, los proverbios en apariencia más desprovistos de interés, como:

Un pedazo de piedra es piedra

Cuando las lágrimas caen, es que el corazón es grande

eran los que yo usaba más fácilmente. Todo se sucedía para mí como si hubiera habido antinomia entre el sentido del proverbio y el uso que se hacía de él.

Antinomia, bajo esta forma, completamente accidental, lo admito. Es probable que si yo me hubiera aplicado, por el contrario, a hacer resaltar la cordura, el espíritu de orden de los Malgaches, o su fidelidad a la evidencia, son los proverbios

⁶ La “mala lengua” repite a diestra y siniestra “¡Qué polvo en casa de Ranona! Qué suciedad”.

paradojales los que habrían penetrado más fácilmente en mi lenguaje, sin que hubiera tenido tiempo, por así decir, de observarlos. Además, logré servirme de esos proverbios paradojales tan fácilmente como de los otros, en cuanto dejé de considerarlos admirables descubrimientos. Desde el día en que se me ocurrió, por ejemplo que ese proverbio: *es cuando la mala lengua se fue que barremos la casa*, no me enseñaba nada que no pudiera enseñarme el proverbio francés: *es cuando el caballo se fue que cerramos la puerta de la caballeriza*; y que ese otro: *cuando es un ciego quien te lleva, se termina en el foso* bien podría haber sido importado por un misionero, traté a esos dos proverbios mucho más familiarmente, y comencé a usarlos como “frases completamente hechas”. Me encontré súbitamente libre de reflexión con respecto a ellos.

Puede parecer, por otra parte, que los primeros procedimientos, que habíamos visto más arriba, gracias a los cuales pude comenzar a captar los proverbios, tenían por efecto provocar precisamente la misma familiaridad, permitir la misma ausencia de reflexión. Ellos dividían el proverbio en dos partes, de las cuales una estaba constituida por la parte material, las palabras y las frases de ese proverbio, la otra por una idea abstracta que se hallaba pegada, como una etiqueta, a esa frase inerte, y sin relación interior con ella: de manera que nunca me fue necesario, para usar ese proverbio, cambiar su sentido detallado. Con esa sola condición, parecía que yo podía hacer uso de él.

Sin duda también había comenzado a notar el efecto y la repercusión exterior de una tal antinomia — ya sea cuando fracasaban mis tentativas por captar el proverbio a partir de su sentido aparente, o cuando fracasaban los esfuerzos de los Malgaches a quienes yo interrogaba para encontrar y presentarme ese sentido aparente a partir de su uso. Así todo mi progreso en el lenguaje proverbial parecía consistir menos en resolver que en prolongar en mí, y volverme interiores las diferencias y las oposiciones que primero me desconcertaban.

IV

Pasa un poco más de un año. Mi lenguaje es hoy, yo creo, tan rico en proverbios como el de un Malgache. Sin embargo no avancé para nada hacia la solución de la dificultad que me ocupó hasta aquí. Parecería más bien que perdí el primer interés y la curiosidad que me ligaban a ella. Las reflexiones que me forzaron a hacerme los proverbios, si las recuerdo ahora y quiero sacar algo en limpio, me parecen inoportunas. Sin duda si no me hubiera esforzado en mantenerlas, estarían en este momento deshechas y perdidas. Pero hay más. Las nuevas reflexiones que me es posible hacer hoy a propósito de los proverbios, no me parecen mucho más satisfactorias, no se prestan demasiado que digamos al recuerdo.

Ciertamente, dejé de sentir que mi lenguaje es monótono, sin peso ni convicción. Y no imagino más ninguna alianza secreta entre Malgaches que me supere. No son éstos, sin duda, más que rasgos negativos, pero me ocurre también “cortar” con un proverbio una discusión que no acaba, y de sorprender incluso una cierta

desproporción de tono y de acento entre mi proverbio y las frases que lo preceden, o le siguen: con él mis palabras parecen haberse hecho más apuradas, más presurosas. Todavía puedo tener el sentimiento de que se establece un acuerdo más íntimo y cerrado entre mi interlocutor y yo, a favor del proverbio, que ese interlocutor se me vuelve de alguna manera más familiar. Si se quiere llamar a esta familiaridad, a este acuerdo “influencia”, me parecerá fácilmente que debí al proverbio mi nueva seguridad, y haberme podido mostrar más francamente, más abiertamente convencido. Por último, no hay una sola de mis primeras observaciones que no pueda en rigor rehacer, pero esta vez desde adentro.

En rigor, hay de hecho, un rasgo de esas observaciones que de entrada me detiene: no hay una que me parezca por un lado, en cuanto la quiero expresar, inexacta, y engañosa. Si se trata por ejemplo de la seguridad, me cuesta imaginar que ella pueda deberse — y mi éxito también — al empleo que hice del proverbio: parecería más bien que depende, justamente, de la verdad de mis palabras. Así, me borro gustoso ante el éxito de esas palabras, me retiro, pido casi se me excuse si estoy a tal punto en la verdad, gustoso dejaría escuchar que no es mi culpa, que son las cosas las que son así. Hay que tomar completamente la cuestión por este sesgo, podrá parecerme que decir el proverbio fue gracias a mi seguridad, no que el proverbio me hizo ganar mi seguridad, y que el proverbio me influenció, lejos de haber querido yo influenciar con él a mi interlocutor. Es quizás pedir demasiada precisión a sentimientos que se desvanecen apenas se han formado.

Se trata, por otra parte, de la diferencia de tono entre el proverbio y las frases comunes, ocurre sin duda que yo observo esta diferencia: es en un solo caso, bien determinado, y no cuando mi proverbio tiene éxito, sino cuando fracasa: lo recuerdo entonces, me pregunto por qué error lo ubiqué mal, experimento cómo la solemnidad — con la cual percibo que lo pronuncié — pudo ser ridícula. En otro caso, es poco decir que la desproporción no me es sensible: no alcanzo siquiera a imaginarla. Me disgustaría haber debido algún éxito al hábil empleo de una frase. Cuando noto que ya entendí “en proverbio” las palabras que acabo de pronunciar, experimento molestia, como si esas palabras me fueran retiradas, como si se me volvieran exteriores. Así no alcanza con decir que las observaciones que recién se esbozaban, son por una parte inexactas, parece incluso que pudieran ser peligrosas, y que el proverbio no juega bien más que a condición de no ser tenido por proverbio. Podría decirse incluso, para aportar un acontecimiento también paradójico, que el proverbio en todo caso está dotado de una importancia singular, pero que la última manera en que se pueda reflejar esta importancia es decir que ella se debe al proverbio. Al atacarla así de frente, la dificultad puede parecer insalvable. Más me apresuro y me obligo aquí a la sinceridad, y más me parece que cuando pronuncio un proverbio no pasa *nada*: no escucho nada que sea del orden del lenguaje, nada que se pueda expresar relacionándolo con esta especie singular de frase, que nombramos proverbio. No hay que extrañarse de que yo haya perdido, con respecto a ese proverbio, mi primera curiosidad: en el momento en que pensaba rozar algo la explicación de mi inquietud, son los términos mismos, los que formaban y me presentaban esta inquietud, los que me son quitados.

Puesto que toda observación directa del proverbio en el momento de su juego parece aquí imposible, resta buscar si no existe un medio de abordarlo al sesgo y por astucia, aprovechando algún accidente de ese juego. También tenía que observar, a medida que el uso del proverbio me resultaba más familiar, que era simplificar las cosas en exceso describir — como lo hice hasta aquí — un proverbio, unas veces exitoso sin reserva, otras fracasando sin recursos. Eran, al contrario, los casos intermedios los que ahora me ocupaban, que me parecían los más “interesantes”: ya sea aquellos donde el proverbio, ya pronunciado pero mal pronunciado, ubicado sin gran rigor podía todavía ser “agarrado”, reforzado por una explicación ingeniosa, o ya sea los que, previendo algún obstáculo al juego del proverbio que yo me proponía pronunciar, me preocupaba de antemano de levantar o sortear ese obstáculo. Se trataba, en uno y otro caso, de asegurar, de rectificar mi acción sobre el proverbio: o bien ese proverbio estaba por decirse, otras ya dicho. El juego singular, que se nos escapaba recién, se había producido en un caso, sólo se trataba de mantenerlo. Hacía falta en el otro caso preverlo y componerlo de antemano. Podía sorprender a favor de una u otra dificultades, figuras del proverbio singularmente diferentes.

Sucede que decido usar proverbios en la discusión para la que me preparo. Busco entonces fijar por anticipado, en la medida de lo posible, esos proverbios. Hablábamos recién de seguridad. Todavía no estoy más que en riesgo. Me parece que diciendo el proverbio voy a correr algún peligro, y que será “muy fuerte” si sale bien, pero que finalmente el éxito es dudoso. Además me esfuerzo en poner todas las oportunidades de mi lado. Elijo cuidadosamente mis proverbios, los peso, los aprecio. Si Rasendra, a quien voy a reprochar enseguida su gusto por los cabarets, me objeta el deber que uno tiene de seguir a sus amigos le replicaré con: *Cuando es un ciego quien te lleva, se termina en el foso*. Si él me opone las convenciones: estar “a la altura”, mantener su rango, “invitar las rondas”, yo responderé: *La voz de la cigarra cubre los campos, pero su cuerpo entero cabe en la mano*; y si él hace valer que no quiere parecer pobre: *El que charla con los ricos, al volver hace arder la traba de su puerta*.⁷ Me esfuerzo en fin por que el proverbio que yo vaya a decir no pueda en ningún caso presentar una dificultad de sentido insalvable. Quiero que la imagen, bastante inesperada para impresionar a Rasendra, no sea sin embargo forzada, ni exagerada: que el resultado de las ideas pueda ser descubierto con un pequeño esfuerzo. No dejando de imaginar un posible fracaso, busco y recuerdo los proverbios que conozco hasta que tengo un número suficiente de ellos como para responder a los diversos casos que se pueden presentar, para expresar a mi antojo esos casos, y transformar en forma útil las objeciones mismas que Rasendra me hará.

He aquí entonces, sobre el proverbio, una primera visión poco hecha, después de todo, para sorprendernos. Consideramos ese proverbio, antes de que haya jugado,

⁷ El pobre, demasiado ocupado en charlar con el rico no tuvo tiempo de cortar sus leños. Al volver tuvo que hacer arder, para prender su fuego, la barra de madera que le sirve para cerrar su puerta.

como una frase — por otra parte dotada de autoridad — propia para expresar tal o cual hecho elegido, a condición sin embargo de que nada, en el detalle de su sentido, difiera absolutamente de ese hecho. (Lo mismo sucede con una palabra cuya etimología demasiado obvia la vuelve fácil y a la vez difícil de ubicar.) “Es el caso en que se dice: *el que charla con los ricos...*” podría pensar, o bien: “Es justamente lo que se llama: *la voz de la cigarra...*”. Entendamos: he aquí las palabras que convienen a esta situación, la frase que ésta exige. Pero no es muy útil insistir aquí, ni citar nuevos ejemplos: no existe manera de considerar el proverbio que sea más común, más frecuentemente admitida. Constituía el fondo de mis primeras observaciones, y yo no la había abandonado tanto, lo vemos ahora, como para que una torpeza, vecina de aquella en la que me encontraba primero arrojado por mi ignorancia, pero esta vez querida, invocada y debida a la preocupación de no ser tomado desprevenido por ninguna réplica, de no ser “ignorante” ante ninguna objeción, no me obligara a volver a ella.

Hay sin embargo un segundo punto de vista desde donde puedo hoy considerar al proverbio. Dijimos que ese proverbio podía parecer inasible, en el momento mismo de su juego; sólo que ocurre que ese juego se prolonga. Es más, ocurre que me encuentro forzado por algún accidente, a mantenerlo — y por eso, aunque no fuera más que por un instante, a esclarecerlo, a desarrollarlo. Es ahí, al decir el proverbio sin encontrar de primera la viva adhesión que más o menos confusamente yo esperaba, vuelvo sobre mis palabras, las recomienzo, me esfuerzo en mostrar que “eso estaba bien”. Me justifico después, o mejor dicho, me continúo — quizá no sin artificio, ni conciencia. Un ligero fracaso, tampoco previsto y que tratamos de reducir de antemano, pero que se produce después y en el momento que sigue al uso ingenuo del proverbio, sin que tengamos tiempo para alterar este uso, mientras que el proverbio, una vez lanzado, debe imponerse tal cual es, tal fracaso es sin duda apropiado para revelarnos los rasgos del estado enigmático que nos ocupa. Se lo podría agarrar *in fraganti*.

Sigamos la discusión, que se emprende:

RASENDRA — “¿Cómo dejar bruscamente de ir al café? Yo no puedo abandonar sin razón a todos mis amigos.

YO — Podés empezar por tomar un poco menos, quedarte con ellos sólo una o dos horas. Por supuesto, no te rebajaste todavía a pedir prestado, pero cuando te vas a pasear tenés que ir a pie. *El que charla con los ricos, al volver hace arder la traba de su puerta.*

Rasendra no parece tocado, no comprende. Insisto:

— Lo que yo decía: por perder tu tiempo tomando con amigos más ricos que vos, al volver te encontrarás sin un peso.

o:

— Después de todo, ir a pie no sería nada, pero sabés bien que tu familia no come tanto como querría.

O bien aún:

— Aunque no vendamos todo lo que tenemos, es una verdadera ruina dejar a los suyos en la necesidad.

Así sucesivamente.

¿Qué pasó? Así como, preparándome para la discusión, elegía entre algunos proverbios el que me parecía el mejor para expresar los hechos que me preocupaban, invoco aquí los hechos, formo las frases que me parecen las más aptas para explicar el proverbio a comprender, y en una palabra, a expresarlo. Las modifico a ese efecto, las completo, las transformo, me esfuerzo para que Rasendra no se desorienta por ellas. Rodeo de más cerca ese proverbio: así, queriendo devolver el “*hacer arder la barra*” que me propone, paso de “*ir a pie*” cuyo sentido es muy lejano, a la “familia privada de comer”, luego a la “ruina”.

Más allá:

RASENDRA — No tenés que hacerte una idea porque me hayas visto ebrio dos o tres días seguidos. Primero, una pequeñez se me sube a la cabeza y además era la fiesta de Ambohibiby esa semana, tenía que seguir a mis amigos.

YO — Te equivocás al dejarte arrastrar. Cuando es un ciego el que te lleva se termina en el foso.

Y, como Rasendra duda:

— ¿No decís vos mismo que son tus amigos los que te arrastran, y que te alcanza con un poco de vino para ponerte ebrio?

Que justifican, expresando así “el ciego que lleva” por “tus amigos te arrastran”, y el “foso” por esa rápida ebriedad: además, justificándolos mediante las mismas palabras de Rasendra, que él no puede negar ni retirar. De este modo, descubro aquí en estas palabras, como recién en las mías, la misma serie de ideas que ofrecía el proverbio, indico que ellas convienen perfectamente a ese proverbio, que no presentan por relación a él ninguna imagen, ninguna diferencia que fuera imposible reducir; el proverbio hace su unidad: ahora ellas parecen no tener más razón de ser que de expresarlo.

Esta nueva manera de considerar los proverbios no está más que la primera hecha para sorprendernos. Normalmente no es en ellos la *frase* que nos retiene, sino, por el contrario, el tema: fábula, moralidad, ley de la naturaleza. A menudo se ha que-

ruido ver, en los proverbios de un pueblo, la suma de sus conocimientos y su sistema del mundo: En cuanto a expresar, en detalle, ese sistema y sus aplicaciones, es asunto del resto del lenguaje. Es en el mismo sentido que yo notaba primero y citaba, en mis cartas, aquellos proverbios malgaches que me parecían particularmente concernientes al tema. De este modo incluso clasificamos los proverbios no según su frase, sino según su sentido: proverbios concernientes a la familia, a la sociedad, al rey...

Parece así que la situación de recién se dio vuelta completamente. Cuando me preparaba para la disputa, dando por hecho que Rasendra se equivoca al beber, buscaba qué proverbio podría expresar mejor ese hecho. La cuestión era: “¿Cómo el proverbio querrá decir eso?”. A la inversa, en cuanto el proverbio fue pronunciado, se trata — dado que ese proverbio representa y, exactamente, que ese proverbio *es* — de encontrar las frases que son apropiadas para expresarlo de manera exacta, para reflejarlo fielmente. La cuestión devino:

“¿Cómo querrá decir eso el proverbio?” O bien aún, se diría que se trata en uno y otro caso de lograr expresar, mediante frases, un hecho. Pero el proverbio es primero frase, luego hecho. A la inversa, las frases que lo rodean son primero hecho, luego sirven como frases.

No es muy fácil imaginar en detalle cómo se puede producir el giro, del cual hemos visto el origen, luego los efectos. La ironía, el humor pueden darnos una idea aproximada de ello. Swift escribe:

“Descuidando rápidamente su verdadero asunto, que era hacernos ver toda la abominación del robo, nuestro predicador se aplicó a establecer bien mediante su sermón que los pequeños arroyos hacen los grandes ríos y que una moneda es una moneda”.

Y Claude Tillier:

“...Nos pareció enseguida que el orador no se preocupaba más que de probar una cosa: a saber que el cántaro se rompe a fuerza de ir al agua. Todo le era bueno para eso”.

De este modo podríamos decir aún que en lugar de dar mi opinión mediante el proverbio, yo debí elegir bruscamente dar el proverbio mediante mi opinión. Dejo de admitir que Rasendra se equivoca al beber para consagrarme a esta nueva y urgente verdad — de la cual Rasendra no es más que un caso particular — a saber que aquel que charla con los ricos quemará su traba al volver a su casa. No puedo decir el proverbio, en cierta manera, más que a condición de creer enseguida que “llegó”. Parece que el sentido no es aquí un hecho estable, simple, dado con el proverbio, sino a propósito de ese proverbio una invención y como un ejercicio.

Por oscuros que permanezcan todavía en ellos mismos la distracción, el desplazamiento de la adhesión que supone un tal ejercicio, ellos esclarecen singularmente, una vez que se los quiere admitir, las dificultades que el juego del proverbio nos proponía recién. Las singularidades mismas que presentan se encuentran exactamente al responder a las singularidades que nos detenían. Así, yo debía observar que mi seguridad se debía, según mi parecer, no a mi proverbio, sino a la verdad de los acontecimientos que yo citaba. La razón de esto es simple: es que yo no quería considerar a ese proverbio más que como un acontecimiento verdadero. Por la desproporción de tono entre el proverbio y las frases comunes, ella no me era sensible más que si mi proverbio fracasaba: tanto es así que en caso de éxito no hubiera pensado en considerar ese proverbio como frase, y en compararlo con frases vecinas. Se ha visto cuánto odiaba considerar a los proverbios por lo que son — al punto que, hablando de su influencia, me disgustaba relacionar esa influencia con el “proverbio”. El lenguaje además aquí nos falla, es difícil admitir que hablando en general de un *proverbio* se tenga en vista otra cosa que una *frase* dada, formada por ciertas palabras, apropiadas para reflejar ciertos hechos; y exactamente lo contrario de una frase: un acontecimiento independiente de toda palabra, un *hecho* que se trata de expresar. Desde el momento en que alcanzamos aislar ese hecho, toda dificultad queda levantada: cuando pronuncio el proverbio, no es para nada una frase que ubico con habilidad, es una verdad de la cual afirmo la existencia.

Pero ahora hay que volver a mis primeras sorpresas: el proverbio me aparecía primero, lo hemos visto, como una frase, en sí clara u oscura, pero en todo caso separada del curso general de la conversación — frase que ofreciendo diversas conexiones, prestándose a ciertas imágenes, y tal que yo no pudiera sin esfuerzo ligarla al tema del cual se trataba. Ahora bien, me faltaba reconocer al mismo tiempo que ni esas conexiones ni esas imágenes eran sensibles a los Malgaches que habían usado el proverbio. Es más, evitando captar esos proverbios cuando yo intentaba presentárselos, ellos parecían sólo poder alcanzarlos desarrollándolos, y expresándolos mediante frases comunes. Debía suponer entonces que había en el proverbio algún nudo que exigía, para ser captado, que se considerara a ese proverbio en su aplicación y en su proyección. Pero hoy podemos decir, más simplemente: en su expresión — como una cosa que podemos captar si hemos comenzado por expresarla. Pues, yo había tomado por palabras lo que los Malgaches entendían como cosas. A lo que se debía nuestro malentendido.

Además hay un malentendido análogo, pero transportado por completo sobre mí, que yo llamaba más arriba antinomia: distinguiendo así entre los proverbios complejos, ricos por demasiado sentidos inesperados y por eso condenados a quedar como frases para mí, exigiendo ser considerados aparte, y, por otro lado, los proverbios más simples, “que caen por su propio peso”, evidentes, que yo ubicaba muy bien en las conversaciones, formaba una oposición vecina de aquella que más tarde me aparecería entre el proverbio *antes* y *después* del uso: uno complejo, variado, difícil de reducir, el otro por el contrario natural, que cae por su propio peso, que exige simplemente ser expresado cuanto antes, y aplicado; una prueba de eso era que el proverbio más complejo, si me resultaba por el contrario familiar y

natural, pasaba fácilmente a la segunda clase. No hay ninguna de mis observaciones, por contradictorias que hayan podido parecer, que no pueda encontrar aquí su razón y su lugar: es en el pasaje de un estado al estado opuesto — y si se quiere, de una observación a la observación contraria — que se sostiene todo el juego del proverbio. Al logro de ese movimiento está ligado su éxito.

Si el propósito y la figura general de tal ejercicio hoy nos son familiares, uno de sus rasgos, sin embargo, permanece misterioso: es la influencia que ejerce. Todo ocurre como si el giro, o mejor dicho, la transformación que hemos visto, diera a su autor algún mérito. Sin duda tal transformación es difícil y no tiene siempre éxito. Pero hay más: ésta parece seria, apremiante al punto de que cada uno de los interlocutores, abandonando por un instante su propia opinión, se encuentra afectado por ella. Todo sucede como si hubiera acontecimientos — los proverbios — tales que fuera loable, meritorio, llegar a expresarlos. De este modo podríamos imaginar que el triunfo de una expresión difícil — sin la cual el sentido mismo y el lenguaje se verían puestos en peligro — obliga en cierta forma a mi adversario, tan interesado como yo en que ese sentido y ese lenguaje se mantengan, a reconocer la confianza y el éxito que me vale una dificultad vencida. Habría que decir en ese caso que mi primera torpeza me puso sobre la vía de una torpeza más general e inherente quizás a todo lenguaje. Si quisiéramos nombrar esa torpeza, sería algo como: ciertas palabras deben ser tenidas por cosas. Sería poco decir: son incluso cosas singulares, que urgen *decir*, y decir lo más exactamente posible — de manera que a propósito de esas cosas, o esas palabras, toda una parte del lenguaje se encuentra empleada en restablecer que se pueda hablar.

Es posible también que mis propios esfuerzos por entender el proverbio me hayan engañado, mostrándome el proverbio bajo la forma de un esfuerzo — y que en fin, apremiado por salir adelante, yo haya rodeado la dificultad en lugar de resolverla. No quería más que describir esa dificultad y esos esfuerzos.

traducción:

IRENE KLEINER

para circulación interna

de la

ESCUELA FREUDIANA DE BUENOS AIRES